

La muerte en la calle: Formas de representación de la violencia urbana

Rigoberto Gil Montoya

Doctor en Letras por la Universidad
Nacional Autónoma de México –
UNAM
Profesor e investigador de la
Universidad Tecnológica de Pereira

rigoroso@utp.edu.co

Palabras clave: Política,
violencia urbana, crimen político,
modernización, masa, memoria

Key words: Policy, urban violence,
political crime, modernization, mass,
memory

Resumen

Metáfora de un país que se moderniza por vía de la violencia, la muerte en la calle arrastra una historia que toca el ámbito de lo público, de lo inestable. Leer su decurso es encontrar elementos vinculantes y significaciones que ofrecen elementos de interpretación a la luz de una historia reciente. La literatura, la sociología y el periodismo forman parte de su tejido. ¿Qué va del asesinato del general Uribe Uribe (1914) a la muerte sobre el tejado del capo Pablo Escobar Gaviria (1993)? Este ensayo pretende dar respuesta a esa pregunta, no sin antes repasar momentos cruciales y convulsos de la historia colombiana del siglo XX.

Abstract

Metaphor for a country which is modernized by means of violence, death in the street carries a history that touches the public sphere of the unstable. Read its course is to find binding elements and meanings that provide elements of interpretation in the light of recent history. Literature, sociology and journalism are part of the history. What happens between the assassination of General Uribe Uribe (1914) to death on the roof of drug dealer Pablo Escobar Gaviria (1993)? This essay seeks to answer that question, but not before turning and writhing review of Colombian history of the twentieth century.

Si la historia de un país se mide por las acciones e ideales de sus gentes y por el destino de sus líderes, la de Colombia es una historia que oscila entre el absurdo y la desmesura. No en vano el realismo mágico se convirtió en el logro estético más acabado, luego de que una generación de la costa Caribe decidiera tomar distancia del grecolatinismo, como una expresión que privilegiaba la forma y menospreciaba el contenido de una realidad inestable, posterior a las luchas de Independencia. La forma descansaba sobre una superficie preciosista y una herencia gramatical y jurídica heredada de España, bajo una visión imperial supeditada a ideas preconcebidas en cuanto a supuestos legados recibidos de Grecia y Roma. La poesía de Guillermo Valencia consolida esa herencia, da tono a unas aspiraciones clásicas en la superficie de un contexto sin memoria. El contenido dejaba al descubierto un país con altos índices de analfabetismo, un país incomunicado, de trochas y caminos de herradura, con una riqueza ecológica que deslumbró a los viajeros europeos y norteamericanos. Los diarios de viaje y los informes científicos de Alexander von Humboldt cruzando las altas montañas, registran esa realidad.

La historia de Colombia acaricia la desmesura mucho antes de los sueños monárquicos de Bolívar, cuando el insurrecto José Antonio Galán es condenado a una muerte cruel y su cuerpo desmembrado y colgado en algunas provincias de Santander, a la manera de un mensaje agresivo y conminatorio enviado a los grupos de civiles alzados en armas. En el siguiente siglo acaricia el absurdo en el suicidio de uno de sus mayores poetas, José Asunción Silva, cuya muerte significa el fuera de lugar, la imposibilidad de abandonar unas formas expresivas anacrónicas y de consentir un aire modernista que lograra intervenir en los ámbitos culturales de un país proclive a maquillar, bajo el discurso político y eufemístico, los convencionalismos desgastados de dos partidos tradicionales.

Entre el absurdo y la desmesura, el país escribe las páginas más críticas de su historia en el siglo XX, haciendo mayor énfasis en los contenidos de una violencia cuya representación, en el orden de la

literatura, habría sido más ideológica que estética, más sociológica que literaria. Y en el plano de la realidad histórica, lo absurdo y lo desmedido promueven las guerras civiles como una suerte de requisito para impulsar procesos modernizadores.

Los contenidos de esa violencia se hicieron específicos a partir de la crisis urbana derivada del Bogotazo. En ella confluye el descontento de una sociedad rural frente a los gobiernos centralistas, con el estancamiento de una sociedad desempleada que ve crecer barrios de miseria en las zonas periféricas. El ataque ciego de los lustrabotas contra Juan Roa Sierra condensa la furia de un colectivo que hereda la custodia del florero de Llorente y el malestar de una masa oprimida que convive, hacinada, en los inquilinatos, como bien lo prefigura José Antonio Osorio Lizarazo en su novela de 1930, *La casa de vecindad*: "Este conjunto tan heterogéneo de huéspedes es muy natural, pues, como dice doña Georgina, <<uno no sabe nunca a quién le arrienda>>" (Osorio, 1978: 25).

El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán reactualiza el asesinato del general Rafael Uribe Uribe y con ambos se establece una modalidad de crimen: la muerte en la calle. No me refiero aquí a la muerte serena de un ser desvalido y vagabundo, un caballero, como sucede con el mendigo del relato "La muerte en la calle", de uno de los renovadores de la literatura colombiana, José Félix Fuenmayor, el intelectual adscrito al Grupo de Barranquilla. Me refiero más bien al crimen político de líderes que tenían tanta ascendencia en las masas como para insuflar en ellas unas conductas y acciones, al tiempo que ocupaban curules o aspiraban a la presidencia de la República.

El cuerpo del general victorioso en la Batalla de Peralonso cayó en las escalinatas del Capitolio Nacional el 15 de octubre de 1914 y su agonía se prolongó hasta el día siguiente. Dos fueron los agresores, Diego Carvajal y Leovigildo Galarza. Eran carpinteros, habían bebido licor y escogieron como armas dos achuelas afiladas. El primero en golpear al general en la cabeza con su herramienta fue Galarza, quien confesó

que al atestarle el golpe le dijo: "Usted es el que nos tiene fregados" (El Tiempo, 2010: marzo 23). De este modo parecía materializarse un descontento por las últimas actuaciones políticas del general Uribe Uribe, cuando decidió apoyar la candidatura presidencial del conservador Juan Vicente Concha. Unos carteles fijados en las paredes de las calles céntricas de la ciudad lo señalaban como "El cónsul del desprestigio".

El cuerpo del candidato liberal Jorge Eliécer Gaitán cayó a cuatro cuadras de allí, en la calle 14 y avenida Jiménez, frente al edificio "Agustín Nieto", el 9 de abril de 1948. El agresor fue Juan Roa Sierra, un joven de 25 años, antiguo reencauchador de llantas y albañil. Sus familiares coinciden en afirmar que era perezoso por naturaleza y algunos testimonios lo revelan como un sujeto supersticioso, que frecuentaba el consultorio del quiromántico alemán Umland Gerst, donde desahogaba sus frustraciones, mientras se hacía miembro, por correspondencia, de una secta rosacruzista: "El asesino, excitado y jadeante, no hablaba, no daba explicación ninguna", escribe el periodista González Toledo. Pero cuando sintió que la turba quería lincharlo imploró protección a la policía y ante el interrogatorio de un uniformado por los motivos de la aleva agresión, sólo respondió: "-Ay, señor; cosas poderosas que no le puedo decir. ¡Ay, Virgen del Carmen, sálvame..." (González Toledo, 1993: 22).

Antes de caer tendido en la acera de la carrera séptima -sugiere William Ospina, el líder liberal pudo haber tenido tiempo de leer, al mirar hacia la pared diagonal, en la esquina de la avenida Jiménez, un cartel publicitario donde se anunciaba un espectáculo urbano. El cine Faenza invitaba a la función de la película Roma, ciudad abierta, la obra de Roberto Rossellini del año 45 (Ospina, 1997: 7). Es posible que esta información la haya obtenido Ospina al fijarse en una fotografía que tomó Sady González en aquel día funesto. Ahora soy yo quien me detengo en la foto y observo en la pared un amplio cartel, donde han sido dibujadas, posiblemente, las imágenes de Aldo Fabrizio y Anna Magnani, protagonistas de la película. Las imágenes aparecen repetidas seis veces, como en un tablero de ajedrez que

hace desviar, por segundos, la mirada de lo que sucede en ese momento al nivel de la calle. Y en la calle anida el terror de cinco personas tiradas sobre el piso, entre ellas una mujer y no es difícil leer en sus rostros, desde la ventana donde el fotógrafo congela el instante, el miedo a caer abatido por las balas de los francotiradores o de la misma policía. Un hombre, de pie, levanta las manos indicando su inocencia o su disposición a entregarse y está de espaldas a los transeúntes agazapados, cuyas miradas chocan con la esquina de la avenida Jiménez, atestada de grupos que corren en distintas direcciones, protegiéndose de la turba que unas cuadras más al sur, arrastra colérica el cuerpo de un homicida creyente.

Entre la romería de los civiles que hacen más dramática la permanencia en las calles, se encuentra un muchacho de origen costeño, alojado en una pensión de estudiantes, a escasas tres cuadras del lugar del crimen. Había cumplido veintiún años un mes antes y se matriculó en la Universidad Nacional para estudiar Derecho, pero lo suyo era la literatura y mucho más cuando descubrió, en su cuarto de pensión, la insólita atmósfera en que Samsa despertó convertido en insecto. García Márquez llegó al lugar de los hechos cuando el cuerpo de Gaitán era conducido a la Clínica Central y en sus memorias recupera la imagen de un extraño hombre, alto y bien vestido, que arengaba a la multitud al linchamiento de Roa Sierra, como si de esta manera desviara la atención del verdadero asesino -conjeturó, durante años, el joven periodista-. El hombre del traje gris fue quien incitó a la cuadrilla de lustrabotas a arrastrar al homicida hacia el Palacio de Nariño, dejando, a su paso, jirones del "cuerpo en el empedrado de la calle". Cuando logró su cometido, este misterioso hombre, cuya actitud parecía responder a un complot bien trazado, se apartó de la turba y abordó un automóvil lujoso que lo estaba esperando.

Durante tres días García Márquez y su hermano estuvieron encerrados en el apartamento céntrico de su pariente Juanito, en vista de que la zona de la pensión ardía en llamas. Cuando decidieron salir se encontraron con una ciudad en escombros, sitiada por los

francotiradores y las patrullas policiales e insuflada por voces agresivas y radicales que desde la radio atizaban el fuego de la revuelta (Alape, 2002: 17). A pesar de la lluvia, algunos incendios no habían sido sofocados y los cuerpos de los seres anónimos se acumulaban por todas partes: "El tufo de muerte en la calle era insoportable", recuerda García Márquez en su vejez.

Lo que vio el joven periodista desde la acera del café El Gato Negro y de frente a la fachada donde se apoyó Gaitán por última vez, se convierte en símbolo de cómo la muchedumbre comprende, en términos de la memoria, la muerte en la acera: "Un grupo de hombres empapaban sus pañuelos en el charco de sangre caliente para guardarlos como reliquias históricas" (García, 2002: 336-358-335). Nada extraño que el escritor también se hubiera detenido en el cartel del cine Faenza, él, que desde muy temprano recibiría el influjo del neorrealismo italiano.

Al leer o repasar de soslayo el anuncio, el cuerpo de Gaitán se desploma y de inmediato se convierte, él mismo, en noticia espectacular, para dar paso a la instantánea de una guerra civil urbana, azuzada por una "masa heroica y enloquecida", como la tilda el entonces Presidente de la República Mariano Ospina Pérez, una masa que se dirige a su Palacio pasando por encima de los jirones del cuerpo de Roa Sierra: "Comienza a llover, y con el fuego de las boquillas cae sobre la ciudad un aguacero interminable, el cielo se ha roto en sus entrañas" (Alape, 1984: 267).

El cartel del cine Faenza muestra el escenario de una ciudad distinta, más agitada que la que se sintiera conmovida frente al crimen del liberal Uribe Uribe, recordado por su papel en la Guerra de los Mil Días y por sus ideas de instaurar en el país un socialismo de Estado. La lente de Sady González sella una leve transformación en el escenario de lo público: si bien ha muerto un hombre que inventó un "pueblo", al cometer el "sacrilegio" de "darle la palabra" a las "masas urbanas marginadas de la política" (Caballero. 1997:73-75) y se destruyen establecimientos públicos y se incineran más de treinta carros del tranvía, las aceras seguirían siendo ocupadas por

curiosos, vagos y desempleados, lo que obligaba a los transeúntes a caminar por las calles céntricas, esquivando los coches y el paso peligroso de los vagones del tranvía (González, 1999: 159-163).

Visto de otro modo: las dinámicas cotidianas del año 48 no se frenan y mucho menos las celebraciones navideñas, las visitas a Monserrate, las funciones en los teatros o los paseos por la carrera séptima, rumbo al Parque Nacional. La ciudad se convierte en un ámbito extraño para sus moradores –advierte Consuelo Sánchez–, en un lugar para desadaptados o indiferentes que la recorren a su manera, mientras una <<realidad>> urbana, no asimilada del todo, funciona, sin embargo, "a veces con la eficacia de un mecanismo incomprensible, pero bien aceitado" (Sánchez, 1999: 169).

Al hacerse pública la muerte en las calles de las ciudades, otra es la dinámica que exhibe la rivalidad política y otra la que el país revela en sus luchas intestinas. La transformación es clara: los escenarios de provincia de célebres bandidos como José del Carmen Tejeiro, cuya historia Osorio Lizarazo narró en las páginas de la revista Sábado en septiembre de 1944, compiten ahora con los escenarios de ciudades anómalas, en acuartelamiento de primer grado. El cambio se comprende si se advierte que el país amplía los linderos de su mapa rural para trazar, en el mismo plano, la geometría en crisis de su cartografía urbana.

Se entiende que la literatura, a partir de la ampliación de este mapa, procure representar unas formas en las que el escritor manipula de otro modo los materiales de la historia; así lo inaugura García Márquez en La hojarasca (1955) y en El coronel no tiene quien le escriba (1958). La lección pronto será atendida por los escritores más jóvenes, testigos de la violencia urbana que toca las provincias de un país centralista. Una de ellas, Albalucía Ángel, regresa a su país en 1972 y durante un año recoge materiales para escribir su novela Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón (1975). Entre sus primeras tareas estuvo la de recoger la memoria oral de sus abuelos en torno al 9 de abril que ellos vivieron en Pereira: "yo tenía ocho años –explica– y no era mucho lo que podía recordar, pero

retenía la escena del hombrecito frente a mi casa cuando disparó un policía y el primero cayó tendido, así quedó en la acera" (Jiménez, 1990: 280). Desde una ventana, es decir, desde el mundo privado de la casa de infancia, una niña observa, atónita, la agitación del mundo en el nivel de la calle y esta imagen promueve una forma expresiva más estética que ideológica, más literaria que sociológica.

Lo que viene en la segunda mitad del siglo XX es una larga expresión de cómo la sociedad colombiana enfrenta sus procesos modernizadores. Tras la dictadura del general Rojas Pinilla y los pactos del Frente Nacional, se recrudece la lucha armada en los campos y se inicia la lucha subversiva en las ciudades, luego de que algunos grupos universitarios y de la clase media tradujeran en sus contextos las consignas políticas y filosóficas de Mayo del 68, con base en el rechazo a las desigualdades sociales y ante la exigencia de reformas agrarias que siempre se han postpuesto, porque adelantarlas, implicaría tocar los intereses de esa clase que Gaitán atacaba en su retórica incendiaria de plaza: la oligarquía. Porque en este país, como tantas veces lo han señalado académicos y periodistas, el conflicto social y político –lo que Antonio Caballero llama la guerra secular– se deriva de la "lucha por la tierra": (Caballero. 2010: Semana, junio-julio).

Mientras los Nadaístas hacen su revolución estética en los versos libres de Gonzalo Arango y Darío Lemos, los intelectuales incitan a la revolución, siguiendo los modelos del cura Camilo Torres y el médico Ernesto Guevara. De esta manifestación política e ideológica surge una variante, el Movimiento 19 de Abril (M-19) y a partir de este brote cercano a la lucha de los Montoneros en Argentina, Colombia asiste a una realidad convulsa que conocería, a finales del setenta, el Estatuto de Seguridad del gobierno de Turbay Ayala, en tanto forma de represión estatal que parecía volverse lugar común en los sistemas represivos de los países latinoamericanos. Mientras esto ocurre, otra fue la historia que los grupos criminales empezaron a estimular en algunos departamentos de la región andina. Me refiero a los contrabandistas y a los que luego afinarían sus negocios en el jugoso mercado de las drogas.

De esta expresión variopinta se nutrió la década de los ochenta, como una de las épocas más sangrientas del país. Recrudecida la muerte en la calle, fue un narcotraficante, justamente, el que sintetizó el escenario de violencia más moderno: "El otro mes le voy a meter bombas a Bogotá, así que cuidado por donde camina" (Salazar. 2001: 223), previene el capo Pablo Escobar Gaviria al presidente de la Unión Patriótica Bernardo Jaramillo Ossa, a propósito de la guerra en que se empecinó, por más de una década, la organización criminal del cartel de Medellín contra lo que Pablo denominaba –desde su educación política afinada en las esquinas de su barrio–, la oligarquía, a propósito de su intención de abolir, a toda costa, el Tratado de Extradición que podría enterrarlo en una cárcel norteamericana. Era el 2 de diciembre de 1989, pero un espejo retrovisor mostraba ya la suma de imágenes atroces y el fortalecimiento de lo que se dio en llamar la cultura emergente, esa mixtura de "tradiciones y estilos de vida", donde convergen, de manera promiscua, la tradición campesina, los atavismos religiosos y las dinámicas urbanas, propias de ciudades consumistas (Salazar, 1998: 118).

Ese espejo de la memoria brinda una primera imagen: el asalto al Cantón Norte, de donde el M-19 robó un numeroso arsenal del mayor depósito de armas de las Fuerzas Militares. Era diciembre de 1979 y no contentos con burlarse de la seguridad del Estado, dos meses después de esta "Operación Colombia", el mismo grupo se apodera de la Embajada Dominicana y mantiene como rehenes a varios diplomáticos por cerca de dos meses. Así se inaugura la década del ochenta y así se abre el escenario para un fallido proceso de paz con los grupos alzados en armas. El Presidente Belisario Betancur intentó firmar ese pacto de paz, pero ese gesto pareció animar el descontento de algún sector radical del Estado y por eso, visto en perspectiva, no extraña que todo desembocara en la catastrófica Toma del Palacio de Justicia, otra vez a manos de un comando del M-19. Era noviembre de 1985 y los cuerpos de los magistrados de la Corte se confundían con los escombros del edificio.

Mientras se radicalizaba la acción de los grupos subversivos y parecía imposible generar salidas negociadas a un largo conflicto nacido en los ámbitos rurales, grupos de civiles se armaban para defender intereses particulares y atacar, con sus métodos sanguinarios, a la subversión. De esta dinámica toma fuerza el paramilitarismo y con él, una alianza macabra con los grupos de narcotraficantes, preocupados por proteger sus tierras de cultivo y por abrir rutas para exportar sus cargamentos de droga. Capos como Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha extienden su imperio económico en las tierras del Magdalena Medio, pero esto sólo es posible gracias a sus alianzas estratégicas con los paramilitares al mando de los hermanos Castaño.

Y vuelve la muerte a la calle. Si antes fueron asesinados un general ideólogo y un candidato presidencial, ídolo de las clases más pobres, ahora le tocó el turno a un ministro de Estado: su asesinato, ocurrido en la calle 125 con avenida Boyacá, a las siete y veinte minutos de la noche, se orquestó en Itagüí, municipio de Antioquia. Según las investigaciones periodísticas, se pagó una fortuna para que los criminales actuaran en Bogotá, luego de estudiar las distintas rutas que empleaba la caravana oficial que custodiaba un Mercedes Benz blanco. Rodrigo Lara Bonilla se desempeñaba como Ministro de Justicia y le declaró la guerra al narcotráfico, pero en especial al cartel de Medellín, cuando intentaron enlodar su nombre al relacionarlo con un narcotraficante que le habría dado dinero para una campaña política.

La forma como se asesina al ministro Lara prueba que el aparato criminal se ha modernizado. Si bien los autores materiales del crimen los provee el pueblo, los mismos se han sofisticado y su modus operandi responde a una máquina criminal, educada en los seriados de gangsters. Parientes lejanos de los dos carpinteros que asesinaron al general Uribe Uribe y del desesperado que asesinó a Gaitán con un revólver casi hechizo, los muchachos que asesinaron al ministro Lara se desplazaban en una moto de alto cilindraje, portaban chalecos antibalas y eran seguidos a corta distancia por un segundo comando, que actuaría en

caso de que la escolta oficial del ministro respondiera al ataque. Si Roa Sierra invocó a la Virgen del Carmen cuando presintió la muerte, el sicario abatido no tuvo tiempo de hacerlo, porque tenía otra forma de pedir protección: de su pantaloncillo colgaba un amuleto de la buena suerte y portaba en sus bolsillos una oración y una estampa de la Virgen.

Entre el arsenal, la policía inventarió dos granadas MK-2 de uso militar, un revólver 38 largo y una ametralladora Ingram de fabricación belga, con un proveedor de cincuenta balas 9 milímetros. Uno de los criminales abatido por agentes del Das se llamaba Iván Darío Guisao, aunque "Narices" era su mote en el mundo del hampa y tenía cinco identidades distintas, más un largo prontuario. A su compañero de moto, Byron Velásquez Arenas, lo agarraron con vida y la televisión descubrió para el país la imagen de un adolescente que lloraba porque temía por su vida. Era apenas un chico y nos enteramos, de repente, que existían los jóvenes y que, además, corrían peligro (Martín-Barbero. 1998: 22). Antes de que supiéramos que había nacido el sicariato como una empresa u oficina que apoyaba en su logística a las organizaciones criminales, lo supo el ministro Lara: "Contra los asesinos a sueldo no hay precauciones que valgan" (El Espectador, 1984: 2 de mayo).

El Presidente Betancur declaró el Estado de Sitio, para confirmar cómo la muerte en la calle era cada vez más familiar en un país en guerra, ahora que el narcotráfico quería apoderarse de las ciudades y defender con carrosbomba su fabuloso imperio económico. Pablo Escobar y su estructura sicarial se ubicaban en el centro de las ciudades, mientras en la zona ganadera del Magdalena Medio los hermanos Castaño y Gonzalo Rodríguez Gacha se declaraban enemigos del comunismo –o lo que fuerzas ortodoxas de poder les habían enseñado a diferenciar por comunismo–, es decir, de todas las organizaciones guerrilleras y de quienes podrían apoyarlas o simpatizar con ellas desde los escenarios de la política, bajo esa fórmula ambigua que tanta intolerancia ha generado: la combinación de todas las formas de lucha. Fue entonces cuando le declararon la guerra a la Unión Patriótica, UP, por considerarla el brazo

político de las Farc y el mapa de sangre en las principales ciudades extendió su mancha. El genocidio cobró matices inesperados y todos los miembros de este partido pasaron a convertirse en seres "desechables" (Dudley, 2008: 149), una expresión que pasaría a convertirse en la divisa de las famosas limpiezas sociales, promovidas por grupos de extrema derecha o fuerzas oscuras que arrasaban en nuestras ciudades con los indeseables: indigentes, prostitutas, homosexuales, sindicalistas y más.

En sus memorias de guerra, Carlos Castaño declaró no estar muy seguro de quiénes eran sus enemigos y en qué bando se encontraban: "Se veían contradicciones muy raras" -confiesa-, aunque a partir de ellas "me dediqué a anularles el cerebro a los que en verdad actuaban como subversivos de ciudad" (Aranguren, 2002: 115/16). De este modo atendía a los lineamientos del "Grupo de los Seis", una suerte de grupo de poder, fascista, producto de lo que el propio jefe de las Autodefensas denomina la "doble moral de la clase dirigente colombiana", con la autoridad para señalar y ordenar, frente a los hermanos Castaño y sus lugartenientes, quién debía ser la próxima víctima.

En medio de las contradicciones de los propios victimarios alguien dio la orden de asesinar a un activista en la calle Argentina de Medellín. Era médico, profesor universitario, expresaba con honestidad la urgencia de construir una sociedad igualitaria y le preocupaba, como a pocos, la salud pública. Trabajaba con grupos sociales vulnerables y era muy querido por sus alumnos de la Universidad de Antioquia. Fue precandidato a la Alcaldía de Medellín por el Partido Liberal, pero eso no lo hacía un dogmático. Es un hecho que su discurso era altamente político, sobre todo cuando abanderó una lucha pacífica por un tema poco tratado en el país: los derechos humanos. Se volvió incómodo en su discurso y en sus intervenciones sociales, porque vivió de cerca la muerte de sindicalistas y de profesores universitarios. Se llamaba Héctor Abad Gómez y el martes 25 de agosto de 1987 llegó con un amigo suyo a la sede del sindicato de maestros de Antioquia, a dar el último adiós a Luis Felipe Vélez,

presidente de esa agremiación, asesinado ese mismo día y en ese mismo lugar de la calle, en horas de la mañana; pero sus restos mortales habían sido llevados para una capilla ardiente. Estaban allí, en la calle Argentina, cuando llegaron a asesinarlos.

Eran dos los parientes de los carpinteros, de Roa Sierra, de "Narices" y Byron Velásquez. Llegaron en motocicleta y los testigos repararon en su juventud. Tenían el cabello rasurado, como se ordena en el ejército y como suele ser moda en los barrios populares. Dejaron la moto encendida a un lado de la calle y se acercaron hasta la puerta del sindicato, mientras preparaban sus armas: "¿Alcanzó a verlos mi papá, supo que lo iban a matar en ese instante?", se pregunta su hijo. Mientras uno de ellos descarga seis tiros en el cuerpo del médico, el otro persigue a la otra víctima, Leonardo Betancur, y la asesina en las instalaciones del sindicato.

La lente de Sady González ha pasado a manos de Gabriel Buitrago, el fotógrafo del periódico El Mundo. Ha oscurecido en la ciudad y el cuerpo del médico Abad Gómez está cubierto por una sábana blanca, empapada de sangre. Se le ven sus zapatos de suela y las mangas de su pantalón. Una parte del cuerpo ha caído en la acera y la otra se ha estrellado contra la calle. Está boca arriba y a su lado, desconsoladas, están Cecilia, su esposa y su hija Clara que abraza a su madre. Al lado de Clara está su esposo Alfonso Arias, mirando el cuerpo de su suegro. Más cerca del fotógrafo está Héctor, sentado, apoyando los codos en sus pies cruzados. Cubre su boca con la mano izquierda empuñada. Detrás de los lentes del joven Abad anida una mirada de hielo, contenida. No mira a su padre. Es un cuadro familiar, muy privado, por tanto más doloroso: "Mi mamá le quita la argolla de matrimonio y yo saco los papeles de los bolsillos. Más tarde veré lo que son: uno es la lista de los amenazados de muerte, una fotocopia, y el otro, el epitafio de Borges copiado de su puño y letra, salpicado de sangre: <<Ya somos el olvido que seremos>>" (Abad, 2007: 243-245).

La lista de los amenazados, la famosa lista negra la publica la revista Semana en su

edición de 1 de septiembre de 1987, con una carátula en la que aparece el médico antioqueño bajo un título dicente: "Guerra sucia en Colombia". En ella aparecen las fotografías de 24 personas asesinadas, entre senadores y concejales de la UP, un sacerdote, un cura indígena, dirigentes sindicales y una niña de once años de edad. El último de la lista es el médico Abad Gómez. Uno de los análisis que hace la revista relaciona la guerra sucia de Colombia con la guerra sucia del Cono Sur, como si acá se estuviera replicando el "modelo argentino" que tantas muertes ocasionara durante la dictadura militar. Lo irónico es que el médico Abad Gómez haya sido asesinado en la calle Argentina y su hijo haya encontrado en uno de los bolsillos de su camisa, además de la lista, la transcripción de un poema de Borges. Por vía del caprichoso azar, la muerte de un hombre bueno se teje a la memoria de otros Estados de excepción, mientras un fantasma recorre las calles de Colombia: el fantasma de la impunidad.

Cuando Pablo Escobar previene a Bernardo Jaramillo de que ande con cuidado por las calles bogotanas ahora que él piensa bombardearlas, el capo ya está en guerra contra el Estado y el pánico se extiende por las ciudades intermedias. Luego de ordenar el asesinato del ministro Lara Bonilla y dos años después pagar por la muerte del periodista Guillermo Cano, Escobar formaría parte de la conjura que segaría la vida de Luis Carlos Galán en un parque de Soacha: "A Galán también lo mató Fidel Castaño en un complot de la derecha que yo podría demostrar perfectamente", asevera Escobar sin recato (El Mundo, 1993: 9). La forma adverbial reconoce los nexos de una organización criminal que mina todo límite y su uso, confirma el escenario de una rendición provisional.

Guillermo Cano tuvo el valor civil de denunciar los nexos que los carteles de la droga mantenían con el poder político y se atrevió a desempolvar los inicios delictivos de Escobar y eso era imperdonable. Sus antiguos socios le pagaron con la misma moneda e intentaron desaparecerlo a él y a su familia, utilizando los mismos procedimientos destructivos en el edificio Mónaco, su propiedad del Poblado. Secuestró a miembros de la burguesía bogotana para presionar la anulación del

Tratado de Extradición y esa fue su última carta: "El motivo principal de esa guerra –analiza García Márquez– era el terror de los nactraficantes ante la posibilidad de ser extraditados a los Estados Unidos, donde podían juzgarlos por delitos cometidos allí, y someterlos a condenas descomunales" (García. 1996: 29).

A partir de los epílogos legendarios de "Chispas" y "Sangrenegra", se amplió la leyenda de un bandolero sofisticado, ubicuo, millonario, capaz de burlar la experiencia de más de mil quinientos hombres de un comando élite creado para capturarlo. Sin embargo, murió abatido por las balas de la fuerza élite de la policía, tratando de huir por un tejado. Jamás sabremos qué fue lo último que el capo observó, desde arriba, de la ciudad que fue suya y donde impuso su propia ley: la del sicariato; su propio estilo: lo kitsch y su propia forma de ascenso social: el arribismo. Lo cierto es que ese día jueves 2 de diciembre de 1993 empezó a llover como en el 9 de abril de 1948 y la ciudad, quieta, un poco tensa, pensó que era riesgoso volver al nivel de la calle: "Pero la ciudad no se conmocionó como esperaban algunos detractores suyos. No. Se sintió una sutil preocupación, pero por las consecuencias que podían sobrevenir; nada raro porque siempre que se enfrenta lo desconocido se teme" (El Mundo. 1993: diciembre 12).

Un policía, desde una esquina, observa cómo bajan el cuerpo pesado del capo hasta el nivel de la acera. Crece la tensión porque la leyenda se convierte en mito y una pequeña masa, unida por una pulsión de abandono al carácter de los lustrabotas que lincharon a Roa Sierra, se niega a aceptar la caída del capo, del "rey sin corona", como alguien escribiera sobre la loza de mármol de su tumba. Nadie como el agente del orden para admitir que la muerte en la calle seguirá siendo un motivo para disparar la lente y congelar un instante: el encuadre de una historia cruel y desmesurada, al mejor estilo de su más alta representación literaria.

Bibliografía

ABAD FACIOLINCE, Héctor. 2006. El olvido que seremos. Bogotá: Planeta.

- ALAPE, Arturo. 1984. El Bogotazo memorias del olvido. Bogotá: Editorial Pluma.
- Alape, Arturo. 2002. "El papel de la radio en el 9 de abril". En: Yo soy un libro en prisión –crónicas. Bogotá: Intermedio Editores.
- ARANGUREN, Mauricio. 2002. Mi confesión Carlos Castaño revela sus secretos. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Dudley, Steven. 2008. Armas y urnas Historia de un genocidio político. Bogotá: Planeta.
- CABALLERO, Antonio. 1997. "El hombre que inventó un pueblo". En: El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después. Et ál. Bogotá: Ediciones Número. pp. 71-80.
- CABALLERO, Antonio. 12 de junio de 2010. "El gobierno de Santos". En: Revista Semana, Bogotá. Y "¿Una reforma agraria?". 10 de julio de 2010. En: Revista Semana, Bogotá.
- FUENMAYOR, José Félix. 1967. La muerte en la calle. Medellín: Ediciones Papel Sobrante, No.9.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. 1996. Noticia de un secuestro. Bogotá: Editorial Norma.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. 2002. Vivir para contarla. Bogotá: Editorial Norma.
- GONZÁLEZ TOLEDO, Felipe. 1993. "Locura e intriga en ele asesinato y proceso de Jorge Eliécer Gaitán". En: Echavarría, R. (selección y notas). Crónica de otras muertes y otras vidas. Selecciones de Sucesos. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, pp. 17-95.
- GONZÁLEZ, Sady (fotografías). 1999. Bogotá, años 40. Bogotá: Número ediciones, Alcaldía Mayor.
- JIMÉNEZ, Gilma (1976). "¡Escriba, carajo!, le decían". En: Grandes reportajes. Antología de Daniel Samper Pizano. 1990. Bogotá: Intermedio Editores.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús. 1998. "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad". En: Cubides, Laverde y Valderrama (Editores). Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central. pp. 22-37.
- OSORÍO LIZARAZO, José Antonio. 1978. Novelas y Crónicas. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana, No. 36, Instituto Colombiano de Cultura.
- Periódico El Espectador. 1984. "Pagaron millones por asesinarlo". Bogotá: 2 de mayo.
- Periódico El Mundo. 1993. "Escobar expresa voluntad de entregarse". Medellín: 4 de mayo.
- Periódico El Mundo. 1993. "Cayó por una llamada". Medellín: 3 de diciembre.
- SALAZAR, Alonso. 2001. La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico. Bogotá: Planeta.
- SALAZAR, Alonso. 1998. "Violencias juveniles. ¿Contraculturas o hegemonía de la cultura emergente?". En: Cubides, Laverde y Valderrama (Eds). Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central. pp. 110-128.
- SÁNCHEZ, Consuelo. "Gota a gota hacia

el <<Bogotazo>>, En: González, Sady (fotografías). 1999. Bogotá, años 40. Bogotá: Número ediciones, Alcaldía Mayor.

Textos tomados de la Red:

* "Quiénes fueron". 2004 . Revista Credencial Historia, No. 180. Bogotá: Biblioteca Virtual del Banco de la República.

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/diciembre2004/quienes.htm>

* "Asesinato del senador Rafael Uribe Uribe en la entrada al Capitolio Nacional (1914)".

http://www.eltiempo.com/100/dk100/cronologia_centenario/ARTICULO-PRINTER_FRIENDLY-PLANTILLA-PRINTER_FRIENDL-7464787.html